

SERMON

PARA EL MIÉRCOLES

DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.

~~~~~  
SOBRE LA RECAIDA EN EL PECADO.

*Et fuit novissima hominis illius pejora  
prioribus.*

Y el último estado de este hombre se  
halla peor que el primero.

MATHE. 12. v. 45.

¡Qué terrible pintura de la recaída nos presenta hoy el Evangelio, católicos! de aquel pecado tan comun que ya no asusta las conciencias, y con el que ya está familiarizado casi todo el mundo, pues parece se ha hecho el comun estado de los cristianos! No podemos idear cosa mas horrible que la suerte de un hombre poseído del demonio, en-

TOM. III.—P. 29.

tregado al furor y á la discrecion de este enemigo del género humano, aunque propiamente hablando no es mas que el infeliz instrumento de su malicia y de su corrupcion; pero si se ha de creer á nuestro Divino Maestro, es mucho mas deplorable el estado de una alma infiel, que despues de haber salido de sus primeros desórdenes, despues de haber gustado el don celestial, se deja arrastrar de nuevo á los caminos del pecado de donde habia salido, y se vuelve á su vómito. Esta alma no está poseida de un solo demonio, sino que está entregada á otros siete demonios peores que el primero, que se apoderan de ella y la miran como conquista suya; hacen de ella su morada y se establece allí para no volver á salir. *Et intrantes habitant ibi.*<sup>1</sup>

Esta última circunstancia es la que nos debe hacer temblar, amados oyentes míos, y la que obliga á decir á nuestro divino Salvador que el último estado de este hombre es peor que el primero: *Fiunt novissima hominis illius pejora prioribus.* Porque nos da á entender que la recaída en el pecado es como una señal y un pronóstico de nuestra reprobacion, y que muy rara vez nos volvemos á Dios, cuando despues de haberle dejado, no hemos vuelto otra vez á la criatura.

Y si me preguntais, católicos, ¿qué es lo que se halla en la recaída que sea tan horrible, y por qué es tan difícil el levantarse despues de haber recaído? ved aquí las razones, oidlas vosotros los que hasta ahora no habeis desmentido vuestra fidelidad para con Dios, á fin de que os sirvan de preservativos contra tan gran desgracia; y vosotros, que acaso habeis caminado hasta ahora en la alternativa de reconciliaciones y pecados, que despues de haber dado algunos pasos para vuestra conversion volveis atrás, y que le-

<sup>1</sup> Matth. 11. v. 45.

jos de vivir asustados por vuestro estado, confiais en algunos transitorios movimientos con que os volveis á Dios, escuchad tambien estas razones, y ved si está bien fundada la funesta tranquilidad en que vivís.

Digo, pues, que el pecado de recaída imprime en nosotros como una señal de reprobacion, y que rara vez nos volvemos á levantar. ¿Por qué? porque es uno de aquellos vicios que no tienen excusa y del que todo debe temerse. Primeramente, no tiene excusa un pecador que recayó, porque su pecado no es inadvertencia, fragilidad ni ignorancia, sino la mas odiosa ingratitud, la mas infame perfidia y el mas declarado desprecio. En segundo lugar, todo debe temerse del pecado de recaída, porque comunmente guia á la impenitencia y á un estado fijo y tranquilo de pecado. Dos motivos de que me he de valer hoy para haceros temblar acerca del estado del pecador que recae; lo enorme del pecado de recaída, y el peligro de la recaída; este es el pecado menos excusable y mas peligroso de todos, etc. *Ave Maria.*

#### PRIMERA PARTE.

Así como el agradecimiento es la obligacion mas esencial de la criatura para con el Criador, y el respeto de que se muestra mas celoso el soberano bienhechor de los hombres, la ingratitud es el vicio mas injusto y del que comunmente se muestra mas ofendida su bondad. Pues amados oyentes míos, si despues de haberos levantado en este santo tiempo por la gracia de los Sacramentos, volveis á caer y á vivir en vuestros antiguos desórdenes, no solamente sois ingratos, sino que vuestra ingratitud está acompa-

ñada de las mas abominables circunstancias. Idlas notando conmigo.

Primeramente, cuanto mayor es el beneficio, tanto es mas abominable la ingratitude con que se olvida. Ahora bien, amados oyentes míos, ¿qué beneficio mas señalado que el de vuestra libertad, la que recibísteis cuando movidos del horror de vuestros delitos venísteis á descubrirlos al pié de los altares y á prometer á Dios una vida mas retirada? Acordaos del infeliz estado de que entonces os sacó la gracia: érais hijos de ira, miembros del Antecristo y mónstruos de iniquidad; estábais cargados de mil anatemas que debian haceros eternamente enemigos de Dios; no teníais parte en la esperanza de los cristianos; ya estábais juzgados y vuestra condenacion era indefectible. ¿Podia ser mas terrible vuestra desgracia? Pues oponed á esta deplorable situacion el estado en que os colocó la gracia de los Sacramentos: os hizo hijos de Dios, herederos del cielo y de las futuras promesas, y miembros del mismo Jesucristo; vuestra alma hermoseaada con la justicia, se hizo morada del Espíritu Santo; recibísteis la caridad, aquel don que durará eternamente, mas precioso que todas las grandezas de la tierra, con cuya posesion gozais de todos los demás bienes, sin el que nada seríais, aun cuando fuérais monarcas. ¿Qué se puede añadir á la magnificencia de este beneficio? ¿puede pagarse dignamente, aun cuando se emplee toda la vida en agradecimientos? ¡Ah! los santos en la inmortal morada de la gloria parán eternas gracias por él, y con todo eso, les parecerá corta la misma eternidad para emplearse en un respeto tan justo y de tanto consuelo.

Pero vosotros, amados oyentes míos, apenas poneis un corto intervalo de tiempo entre el beneficio y la ingratitude.

Es verdad que el favor que no existe no despierta tanto el agradecimiento, y que el haber mucho tiempo que se recibió el beneficio, suele hacer que nos olvidemos del bienhechor; pero aquí aun están vivos en vuestra alma los dones de la gracia, no podreis extinguirlos sino con vuestras infidelidades. Estos dones son eternos por su naturaleza, y hubiérais podido conservarlos siempre si hubiérais sabido conocer el don de Dios, y no destruir lo que su mano misericordiosa acaba de edificar en vuestras almas.

Pero aun cuando no fuérais el mas ingrato de todos los pecadores por razon de la grandeza del beneficio, acordaos, en segundo lugar, del modo con que se os concedió. ¿En qué peligro estabas, alma infiel, cuando Dios movió tu corazon? ¡Ah! bien lo sabes; te hallabas en lo profundo del abismo y de la disolucion, dispuesta á caer en el último grado de insensibilidad, de donde es imposible salir, y acaso hubieras perecido sin remedio, si te hubiera negado su gracia en aquellas circunstancias. ¿Qué tiempo escogió para concedértela? ¡Ah! acaso las mismas circunstancias del delito fueron ocasion de algunas vivas reflexiones acerca de la infamia y breve duracion del placer que acababas de preferir á tu Dios, y en aquel fatal momento, en que debiera haber arrojado sobre tí todos sus rayos, derramó sobre tu alma un rocío de gracia. ¿Puede haber cosa que mas mueva que el beneficio de un enemigo en el mismo tiempo en que se le está ultrajando? ¿qué era lo que pasaba en tu corazon cuando se dignó mirarle con ojos de misericordia? ¿gozabas acaso tanta felicidad en los deleites que te pudieses pasar sin tu Dios? ¿no estabas entregado á los amargos disgustos consiguientes á las pasiones, desamparado de las criaturas que habias preferido al Criador, cansado de los placeres y sin hallar en el pecado mas que funestos remor-

dimientos? Y cuando te hallabas en este estado, abandonado de los falsos dioses en quienes habias puesto tu confianza, se sintió movido de amor para contigo; te visitó en tu aflicción, se hizo tu consolador y tu amigo en la adversidad. ¡Ah! ¿pudo escoger circunstancias mas propias para hacerte estimar su beneficio y obligarte á su agradecimiento y á una fidelidad eterna? Y no obstante esto, luego que el mundo ofrece á tu vista el menor vislumbre de fortuna ó de placer, te vuelves á alistar bajo sus estandartes, te olvidas del beneficio y de tu mismo bienhechor, le das á conocer que solamente te habias vuelto á él cuando el mundo no hacia caso de tí, y le arrojas otra vez indignamente de tu alma. ¿Puede haber ingratitud mas digna de todos los castigos?

En tercer lugar. No hablo del gran número de delitos que os ha perdonado el Señor; ¿con qué conciencia venís-teis al sagrado tribunal de la penitencia? Allí vésteis horrorizarse al ministro de Jesucristo, y aun no podíais sufrir su presencia sin temblar á sus piés, llenos de confusión y de espanto. ¿Cuánto tiempo habia que estaban señalados todos vuestros días y todos vuestros instantes con las mas vergonzosas caídas? Con todo eso, el Señor no quiso entrar en cuentas con vosotros. Mil años, dice el profeta, no son á su vista mas que un día, y la infinidad de pecados de que érais culpables, no han sido en su presencia mas que como un solo pecado, que inmediatamente os perdonó. Desde entonces miró todas vuestras culpas como si nunca las hubiérais cometido; su bondad las selló en un saco y las arrojó á lo profundo del mar; las borró del libro de la muerte donde estaban escritas con caracteres inmortales. Quanto mas se olvidó el Señor de las ofensas, mas debíais vosotros conservar la memoria de su bondad y evitar otras nue-

vas; pero si despues de esto quereis volver al pecado, ¿qué es lo que vais á hacer, católicos? Mirad que así como vuestra ingratitud es la mas abominable, las resultas de vuestra culpa deben ser las mas funestas; con el paso que vais á dar, haceis como que revivan todos vuestros antiguos desórdenes, vais á ratificar con ese nuevo pecado todas vuestras culpas pasadas; antes del fatal momento de vuestra recaída, sucedia con vuestros antiguos delitos lo que con aquellos huesos áridos y secos de que vió cubiertos los campos de Babilonia el profeta Ezequiel; el campo de vuestra alma estaba cubierta de estos tristes despojos y de aquellas inanimadas reliquias de vuestros pasados desórdenes; estaban muertos á la vista de Dios; su gracia omnipotente habia dado el fatal golpe á todos esos mónstruos, y dormian en vuestro corazon un sueño eterno; pero el ingrato consentimiento que vais á prestar á esa nueva ofensa, será la funesta señal que los resucitará á todos; luego que salga de lo profundo de vuestra corrupcion ese soplo de muerte, los vereis revivir en vuestra presencia, y volver á tomar su antigua fuerza y vigor. *Insuffla super interfectos istos, et reviviscant.*<sup>1</sup> Un ejército de mónstruos resucitará en vuestro corazon, se formarán de aquellos huesos áridos unos enemigos furiosos, poderosos y formidables, y ocuparán el campo de vuestra alma, el que será destruido y arruinado como en otro tiempo. *Steteruntque super pedes suos, exercitus grandis nimis valde.*<sup>2</sup> ¡Oh gran Dios! ¡y qué poderosa es la malicia de una sola ofensa, pues por decirlo así, puede dar alma y vida á lo que ya no existe, y casi obligaros á revocar vuestras gracias!<sup>3</sup>

1 Ezech. 37, v. 9.

2 Ibid.

3 Rom. 11. v. 9.

No quiero decir, católicos, que Dios se arrepiente de sus dones, ni que un pecado perdonado pueda imputarse otra vez; pero es tal la malicia de la recaída, que el acto con que recaéis es como una acción que da nuevo consentimiento á todos vuestros primeros vicios, retractais vuestras lágrimas y vuestro dolor, os arrepentís de haberos arrepentido, decís á Dios con las disposiciones de vuestro corazón: Señor, olvidaos de mis lágrimas y de mis protestas, pues yo mismo me he olvidado de ellas; yo os vuelvo el perdón que me concedisteis; tomad vuestras gracias y vuestros beneficios, pues yo voy á entrar en mis antiguos caminos. Y así, Dios que juzga al hombre por el estado de su corazón, empieza á imputaros lo que vosotros mismos dejais de aborrecer y llorar. En segundo lugar. Es tal la malicia de la recaída, que despierta y reproduce en vosotros, por decirlo así, toda la corrupción que habian introducido en vuestros corazones los desórdenes antiguos, y ella sola os comunica tanta flaqueza y tanta insensibilidad en orden á la salud eterna, tanta separación de Dios y tanta ansia por el mal, como pudieran inspiraros vuestros pasados desórdenes todos juntos. En tercer lugar, finalmente, añade á aquel primer estado de corrupción en qué estábais, la circunstancia de una nueva caída; esto es, un nuevo grado de miseria y de flaqueza tan monstruoso, que mil pecados repetidos antes de vuestra reconciliación y de vuestra recaída, no os hubieran apartado tanto de Dios, ni sepultado tan profundamente en el deplorable abismo. Estos son los horrores de la ingratitude y las terribles consecuencias de una sola culpa.

En segundo lugar, el pecador que recae, añade á la ingratitude la perfidia; quebranta la fe que prometió á un Dios terrible en el lugar santo, á vista de los altares, y de la que fueron testigos todos los celestiales espíritus; quebranta una

alianza sellada con lo mas sagrado y augusto de la religion, confirmada con la sangre del Cordero y con las mas irrevocables solemnidades; hace traición á unas promesas juradas en manos del ministro de la reconciliación, que las habia recibido en nombre de Jesucristo. No fueron estas promesas como aquellos juramentos, cuyo quebrantamiento puede excusar la precipitación; son unas promesas hechas con madurez. Y despues de haber resistido mucho tiempo á la gracia que se las pedia, despues del augusto aparato con que fué acompañada esta grande acción, despues de haber jurado al pié de los altares y á vista del cielo y de la tierra una fidelidad eterna á su Dios, quebranta su fe y falta á su promesa. ¡Ah! ¿os preciais de ser fieles con las criaturas, amados oyentes míos, sois religiosos en vuestras palabras, y quereis ser tenidos por tales, y no os avergonzais de ser pérfidos con vuestro Dios? ¿la probidad y buena fe, cuando tratáis con vuestro Padre y vuestro Señor, no os parece una virtud tan apreciable? ¿no teneis por bajeza el ser tantas veces cobarde, infiel y sin honor á su vista? ¡Ah! en otro tiempo se quejaba el Señor por su profeta de que el pecador no le distinguia del hombre: *Existimasti inique quod ero tui similis*.<sup>1</sup> Pero hoy os pregunto yo: ¿tratáis con él como con los hombres? ¿os preciais á lo menos de ser en la religion lo que sois en la sociedad, franco, sincero, fiel, incapaz de faltar á vuestra palabra y de violar la religion de vuestras promesas? ¿acaso recibisteis del cielo solamente para los hombres un corazón noble, generoso, recto é incapaz de vilezas? ¿por qué no le habeis de emplear en servir al que os le dió? Y en vosotros particularmente, amados oyentes míos, la perfidia es tanto mas

<sup>1</sup> Psalm. 49. v. 21.